

cer que nos devora, y solo así, y como premio del trabajo y de la constancia, verémos al vapor surcar nuestros mares, atravesar nuestros caminos, pedirémos al telégrafo sus alas, tomaremos al gas su hermosa luz, levantaremos la industria, el comercio, y disfrutaremos los positivos bienes que el activo genio de nuestro siglo, derrama abundantemente en otras naciones. Muy cerca tenemos el modelo. El gigante pueblo que camina al frente de las ideas democráticas, y que no tiene en su brillante historia mas mancha que la de haber hecho la guerra á México, ese pueblo progresa con una rapidez incalculable, porque al impulso de sus principios eminentemente republicanos y del espíritu de asociacion, nada hay que no pueda llevar al cabo. Unidos los dones con que el cielo ha querido protegerlo, al constante movimiento que favorece la realizacion de los mas grandes y útiles proyectos materiales, sus pasos rápidos y seguros, encuentran el firme apoyo de su bien combinado sistema; y como el trabajo halla, por ventura, su competente premio en donde quiera que el hombre lo emplee, como esto lo confirme la experiencia aun

en los terrenos mas despreciados por la naturaleza, obligacion de las sociedades es la de afanarse, y mucho mas cuanto mayores son los recursos con que cuentan para llenar debidamente las condiciones necesarias de su existencia y respetabilidad. El viajero que recorre la Holanda y la Suiza, observa hasta donde llega el esfuerzo humano, que así cultiva escarpadas montañas, como presenta ciudades flotantes sobre las aguas; y si en la república no hay dificultades naturales que vencer, ni se requieren esos esfuerzos, la senda que fácilmente podemos seguir, nos dará iguales si no superiores bienes á los que disfrutan nuestros orgullosos vecinos. Conozcamos, portanto, los mexicanos las ventajas de nuestra situacion, los medios de curar las profundas heridas que vierten sangre, enjuguemos las lágrimas que los mas amargos dolores obligan á derramar, y apagando para siempre el fuego de la discordia, que atiza la ambicion de los partidos, legaremos á nuestros hijos la paz, y con este precioso tesoro, la gloria de tener una patria tan ilustrada y bella, como respetable y opulenta.—Mérida, octubre de 1849.—VICENTE CALERO.